

AL FINAL DEL CAMINO

Duban Álvarez Cabrales¹

A lo lejos vi el spark gris acercarse por la carretera solitaria, conducía en línea recta con dirección a la parada en mitad del camino donde me dijo que la esperara. La brisa de la tarde acariciaba suavemente las hojas y los rayos del sol casi marchitos morían sobre el parabrisas del vehículo que a su vez jugaba a reflejarlos sobre mis ojos. El auto se detuvo frente a mí y Adriana salió de él dejando la puerta del conductor abierta, dio la vuelta al carro y sin mediar palabras ocupó el lugar del pasajero. La puerta se cerró de golpe y con la vista tapada por los grandes lentes oscuros se perdió en el horizonte esperando a que yo me subiera, lento pero seguro anduve hasta el auto, deslicé mi mano hasta la palanca del asiento y ajusté la silla a mi tamaño; después de la secundaria no volví a crecer un centímetro y a los veintitrés supe que jamás pasaría del metro con cincuenta, mientras que Adriana lucía despampanante con su metro setenta y cinco, tenía piernas grandes y robustas que acababan con frecuencia en unos puntiagudos tacones de siete centímetros de alto, haciéndola ver más alta de lo que era, un portento de mujer que nadie entendía que había visto en un enano como yo.

Por disposición del asiento quede en un lugar más adelante que ella, adelante a la nada, porque no tenía ni idea de adonde conducirnos, ella seguía mirando por la ventana sin darme el rostro y por iniciativa encendí el motor, esperaba conducir sin rumbo y en el camino comenzar esa conversación que habíamos huido tanto, pero antes de arrancar dijo: -toma la cuarenta. El auto comenzó su marcha suave sobre la vía, me sentía como en un bote de vela impulsado por el viento, rompiendo las olas en la calma, a lo lejos el horizonte se extendía infinito y la carretera surgía de la nada en un parto que parecía no tener fin ni comienzo, la brisa que entraba por la ventana abierta revolvió sus cabellos y los silencios que nos consumía en su brutal calma, Adriana callaba, bajo aquel abrigo de fría indiferencia presentía el rencor y la rabia que amenazaba con explotar como otras veces lo hizo, pese al sosiego esperaba alertado a que lo hiciera y estúpidamente intenté provocarla encendiendo la radio, pero no respondió nada, se limitó a extender su brazo para apagarla y volvió a quedar inmóvil. En mi cabeza las palabras pululaban y se agolpaban como hormigas sobre un dulce que alguien tiró sobre el suelo, esperando

¹ Filósofo Egresado de la Universidad de Cartagena. Correo electrónico: dac8907@gmail.com

el momento de arrojarlas sobre ella, pero a Adriana parecía no importarle y ello me enojaba aún más.

El tablero marcó los sesenta kilómetros por hora y la tensión del sosiego aumentaba en cada girar de las ruedas, contrario a otras veces no sabía el motivo de su enojo o su tristeza, pero sabía que algo no estaba bien, en los animales persiste el instinto sobre las catástrofes, aquellos grandes siniestros aquellos sabiamente esquivan, pero en vez de huir, como un animal sabiamente haría, tomé el autobús para encontrarme con ella sin saber qué esperar y en un acto de prestidigitación y como si estuviera leyendo mi mente, me lanzó una mirada que me sorprendió y me preguntó: -¿Confías en mí? -Sí- respondí de golpe -Entonces sigue derecho. A unos trescientos metros el camino recto terminaba, la vía tomaba una curva a la izquierda y ella me pedía que condujera a través unos arbustos altos que no me permitían ver más allá, bajé la velocidad a veinte y ella dijo: -sí hemos hecho algo mal, verás una señal. Pero no vi ninguna, el spark se atravesó los setos y al otro lado nos encontramos con un camino escarpado que se abría entre los árboles y mi bote de vela que se deslizaba sobre la vía tranquilo se encontró en un mar revuelto, el carro saltaba descontrolado y Adriana miraba a través del cristal un destino que yo no conocía y al que me dirigía ciega y falsamente, porque lo cierto es que de mi parte si había

hecho algo malo, hacía tres meses que tenía una aventura con Mariana, una compañera de la oficina en la que encontré la chispa que Adriana y yo fuimos perdiendo, el único fuego que ardía entre nosotros era el de las discusiones y los celos que terminaron por ser ciertos. La verdad era que aún no sabía si todavía la quería, mandar todo al carajo no era mi pasatiempo y me avergonzaba aceptar que me encontré jugando al infiel en el cuarto de las escobas; ocultar una infidelidad no es fácil y más cuando has vivido con alguien tanto tiempo, toca crear códigos y sistemas para repartir el tiempo, pero en el fragor de una discusión dejé escapar algo, una miga de pan que nos llevaba bosque adentro, atraídos por el sol hacía su mismo centro que anaranjaba entre el follaje, más allá de él salimos a un claro de una playa remota, escondida en medio de la nada, sin más visitantes que ella y yo.

Adriana fue la primera en bajar del carro y los tacones de siete centímetros ocuparon su lugar en el spark, me miró y sonrió, caminó sobre la playa mientras se desnudaba sobre la arena y yo la miraba idiotizado. Adriana seguía siendo la misma, sus actos vehementes nos habían traído a aquel pedazo de cielo donde anochecía y por primera vez desde mi encuentro con Mariana me sentí realmente miserable, porque en el fondo Adriana no lo merecía, era una buena mujer que me amaba y con el alma vacía me despoje de mis ropas

y mis temores y me adentre a las aguas junto a ella, allí revivimos el recuerdo de nuestros primeros días de noviazgo y la seguí nadando mar adentro, justo al punto donde la orilla no se alcanza a ver, la noche cayó sobre nosotros como un velo misterioso de complicidad donde perdí a Adriana de vista, con el agua al cuello y en plena oscuridad vi su cuerpo resplandecer al contacto de los pequeños organismos suspendidos en el agua, los mismos que hacen parecer que recoges estrellas en las aguas e iluminan a los náufragos enajenados en la soledad del mar, presas de las sirenas y como una emergió de las profundidades Adriana, sus brazos se apoyaron en mis hombros y mis manos se aferraron a su cintura, sonrió y vi el primer lucero de la noche reflejarse en sus ojos y el silencio entre los dos se rompió en sólo una frase: -Te podría matar y no se iba enterar nadie... cuando me pregunten por tí yo diré que no llegaste nunca.

Una brisa cortó el cielo y arrancó un cuajo de nube que ocultaba la luna, su luz derramó todo su brillo sobre las aguas en las que solo un cuerpo se vio nadar hasta la orilla.